
Bien y verdad en el *Salón* *de pasos perdidos*

Félix Ovejero

Como va de diarios, comenzaré con una confesión: yo terminé con una novia porque no le encontraba el punto al *Salón de pasos perdidos* (*Spp*), el título general que cobija a los veintitrés volúmenes de los diarios de Andrés Trapiello. Para mí, vienen a ser como un control de calidad, o de compatibilidad. Un control desolador. Porque, detectada la patología, no tiene cura. Sucede lo mismo que con el humor que, si no se pilla la gracia, no hay remedio. No cabe la explicación. Sabemos que es un chiste porque nos reímos. No es que primero consideremos algo como un chiste y más tarde nos riamos. Con el arte, según algunos, pues poco más o menos: reconocerlo es apreciarlo. La experiencia estética resultaría inseparable de la identificación de la obra de arte. Unos pocos, incluso, suben la apuesta: la atribución de belleza, la experiencia estética y el reconocimiento de obra de arte serían operaciones que se realizarían a la vez y en la misma intervención. Vamos, que carece de sentido perder el tiempo con aclaraciones imposibles.

Sucedería con la estética y también con la ética, con las intuiciones morales elementales, esas que nos llevan a la indignación cuando se maltrata a un niño o se humilla a un desdichado. Ofician como instintos, que se disparan en determinadas situaciones. Cuando no es así, resignación: nada podemos hacer. De poco sirven demostraciones o argumentos. Lo ilustraba aquel magnífico diálogo entre dos vaqueros en *Horizontes lejanos* –repetido más tarde en *Forajidos*– en el que, ante la pregunta de por qué no podía disparar por la espalda al malo, recibía como contestación: «Si te lo tengo que explicar, no lo entenderías».

A pesar de lo dicho, voy a intentar aclarar a mi antigua novia el *quid* –o mi *quid*– de los diarios. Lo voy a intentar porque soy un optimista retrospectivo y, también, porque las consideraciones anteriores, aunque firmes, no resultan concluyentes. Lo prometo: no otro afán inspira las notas que a continuación hilvano. Espero que ayuden a iluminar un núcleo de convicciones presente en los diarios y en las reflexiones de su autor sobre los diarios y, en general, sobre los empeños artísticos. Por supuesto, hay muchas más cosas en los diarios, pero creo que las que me ocuparán ayudan a entender algunas de sus más luminosas páginas.

Dándole algunas vueltas a la incapacidad de mi antigua novia, reparé en que, por así decir, estaba instalada en el más rudo de los positivimos. Digo positivismo, aunque, en rigor filosófico, debería decir «atomismo lógico» o «conductismo». Para ella sólo existía lo que «se ve». Una insensibilidad muy extendida. Son muchos los que desconfían de cualquier apelación a entidades no observables. Se nutren de *Sólo hechos*, para decirlo con el título –nada inocente– de uno de los volúmenes del *Spp*. Su desconfianza, en la práctica y tomada en serio, complica la vida: no hay manera de relacionarnos entre las personas sin atribuirnos estados mentales, por definición inobservables. Ni siquiera tenemos manera de ir por el mundo. Respondemos a –y entendemos– el intermitente de un coche

porque atribuimos a su conductor deseos («quiero girar a la izquierda») y creencias («si muevo esta palanca se encenderá una luz intermitente», «la luz será interpretada como mi intención de girar», etc.). Así sobrevivimos y así funciona nuestra vida social. Es un talento que se da en otras especies, pero únicamente en la humana manifiesta todas sus posibilidades. No sólo interpretamos un gesto, sino que hacemos gestos para que los otros interpreten los nuestros en una catarata de superposiciones: para que piensen que nosotros pensamos que ellos van a pensar que nosotros, etc.

Aún más, ese talento nos ayuda a conocernos a nosotros mismos, o a confundirnos. Lo ha sostenido Peter Carruthers, en un convincente ensayo: *The Opacity of Mind* (2011). Según el filósofo, a la hora de pensarnos a nosotros mismos también hacemos uso de ese subsistema mental, común a los primates, destinado a comprender las mentes –y las conductas– ajenas, que, sin reparar en ello, al observar las acciones, arroja al mundo conjeturas acerca de lo que piensan, creen, temen, desean o esperan. Porque somos máquinas de interpretar somos máquinas de interpretarnos. Y de mentir: sólo quien puede pensar en lo que otro piensa, puede manipular y engañar. Por eso los niños chicos, que no han desarrollado una teoría de la mente, no saben mentir. Por eso el autoengaño es tan tentador. Sobre nosotros disponemos de muchos materiales interpretables, en régimen de monopolio: no sólo de nuestro comportamiento; también de nuestras emociones, nuestro discurso interior y nuestras experiencias sensoriales, entre ellas, destacadamente, ¡ay!, la del dolor. Un privilegio que no nos libra de equivocarnos: donde hay interpretación hay errores. Eso que llamamos pensamientos conscientes no son la palabra última sino el punto de partida de las interpretaciones. La mayor parte del tiempo somos hipócritas inconscientes y a ratos, excepcionalmente, otra cosa. Sólo, de vez en cuando, vidas meditadas. Decantadas y meditadas.

Disculpen la digresión. Vuelvo a los diarios y al problema de mi ex. Y es que todo lo anterior no parecía regir en su caso. Ella se nutría de *Sólo hechos*. Tampoco rige para los autistas, quienes miran a los humanos como los demás miramos los objetos, sin atribuirles intenciones o propósitos, sin contemplar interacciones y, por eso, cuando el mundo –las personas– reaccionan, los autistas se alborotan; como no rige para los psicópatas narcisistas, desprovistos de instintos morales, incapacitados para la compasión, para comprender los sentimientos y necesidades ajenos. No hay modo de hacerles entender lo que no pueden jamás entender. Como los ciegos con los colores o con el amor, tantos otros. Un problema serio. Quien no contempla la existencia de los estados mentales o reclama una (imposible) explicación de por qué no hay que disparar por la espalda está impedido para muchas cosas, casi todas importantes. Para ciertas actividades artísticas, seguro. Quizá sea ésta la –desoladora– razón última de las dificultades de muchos para aceptar la irrefutable dosis de verdad contenida en aquello de *Nulla aesthetica sine ethica*.

Ya estamos en lo que juzgo uno de los busilis de los diarios, una convicción que ha acompañado a muchas reflexiones –y polémicas– de su autor e inevitable protagonista: la importancia de la mirada moral. Para decirlo con su propia fórmula, menos pomposa y más precisa: el alma cervantina como requisito del buen hacer artístico. También se podría hablar de espíritu kantiano, que viene a ser lo mismo: tomarse en serio la dignidad de todos, nunca verlos como instrumentos. Y aquí también se incluyen esos pasos –tan mal entendidos– en los que ironiza a cuenta de unos pocos, casi siempre aquellos que, como los psicópatas narcisistas, encaran instrumentalmente el trato con los otros, que no quieren amigos sino cortesanos dispuestos a tocar el tambor a su paso. La antítesis de la genuina amistad, que tan bien describiera Aristóteles.

Algún lector se acordará de las páginas en donde asoma algo parecido a orgullo malparado, a herida mal cerrada. Existen y no son pocas. Esos pasajes responden, como decía, a enfados inmediatos, instintivos, casi siempre ante lo que percibe –acertadamente o no– como tratos injustos, poco respetuosos con la dignidad propia o, muchas más veces, de otros. Pasa mucho, que actuamos –y hasta pensamos– a la contra, que nos rebotamos. Entre los investigadores, la buena ciencia, el genuino compromiso con la verdad, se practica ante los malos razonamientos ajenos. Y en el arte de los mejores, por ejemplo, del enorme John Ford, según nos lo recuerda Joseph McBride, su biógrafo:

Ante la pregunta de si el enfado ante la injusticia estaba detrás de la motivación de alguna de sus películas, contestó con un sorprendido: «¿Qué otra motivación puede haber?».

Y es que, como nos enseñan los psicólogos cognitivos, sin emociones no hay valoración moral: nos indigna la injusticia, nos ofenden los maltratos, etc. Esas reacciones, intuiciones o instintos, constituyen el punto de partida de la moralidad. Sin ellas, nada cabe hacer. Son condición de posibilidad de las valoraciones y, por tanto, de la vida compartida. Son, repito, el punto de partida. Pero no el de llegada, que requiere de la reflexión, volver sobre esas respuestas instintivas. Calibrarlas. Eso sí, si no se activan las respuestas, nada que hacer: sin mimbres, no hay cesta. No hay humanidad ni vida entre humanos.

Por ahí aparece el rasgo que me interesa destacar de los diarios: la construcción de una identidad moral, que mucho tiene que ver con la singularidad destacada por Carruthers. Porque el personaje que aparece en sus páginas está lejos de salvarse, de escamotear defectos, desamparos o fragilidades. No hay ubicación en la transcendencia, en el punto de vista de Dios, propio de quien entiende su estar en el mundo –o su obra– como un editorial: cada día, una

opinión; cada semana, una sentencia. Es otra cosa: vida en directo. Pero, eso sí, vida recapitada, pasada por el tamiz del tiempo y la reelaboración. Trapiello no orilla esas otras aristas de la experiencia humana, su estado natural, el desorden. Y le disgusta, el desorden del mundo y el suyo propio. Como cualquier persona medianamente decente, quisiera ser como los sabios griegos, invulnerables a agravios y humillaciones. Nos decimos que no ofende quien quiere sino quien puede y, sin embargo, frágiles y desvalidos, no conseguimos inmunizarnos ante las maledicencias de quienes sabemos estúpidos o mezquinos, esto es, doblemente estúpidos. Al menos, en un primer momento. Luego, a poco capaces que seamos de pensarnos en serio, de tensar nuestra voluntad en la dirección de la mejor versión de nosotros mismos, decantamos las voces de los ecos, sopesamos el exacto peso de los daños, y si cabe, procuramos no repetir.

Esa es la genuina intimidad del *Spp*: el afán de verdad con uno mismo. Una intimidad meditada. No la impúdica, tan elaborada. Esa de la que se blasona, como un mérito y hasta como una disculpa moral: «he sido sincero, te jodes». Y falsa, por imposible. La intimidad, como la modestia, cuando se invoca, desaparece. O como el amor, cuando le pones precio. «Nada menos íntimo que un diario íntimo», escribe Trapiello citando a Mairena. La intimidad del *Spp* es otra, parecida a la que, en el buen discurrir de la conversación, mantenemos con el amigo que nos recuerda que no siempre estamos a la altura de nosotros mismos. Sin estridencias, como hablando de otras cosas, nos ayuda a darnos cuenta de nuestros pecados y defectos. Si no somos imbéciles sin remedio, superado el escozor inicial, camino a casa, ya solos, le damos vueltas a nuestras conversaciones. Sabemos que nos quieren bien, atendemos sus razones y procuramos no repetir. Hemos aprendido y salimos mejorados. Amistad aristotélica, sí.

Esos son los territorios morales del *Spp*. Sí, se valoran las gentes, la vida, pero también a uno mismo; porque todos valoramos, y

en estos terrenos sostener lo contrario, pretender imposibles objetividades, es hacer trampas. En los diarios se valora, porque somos animales éticos; pero sin asomo justiciero. Se muestran las dudas, los errores y hasta los arrepentimientos. No hay un punto de vista trascendente, sino reconsideración, al cabo del tiempo, a sabiendas de que, para bien o mal, casi nada tiene remedio. El personaje del *Spp* se reconoce en las equivocaciones y procura rehacerse con los materiales que tiene a mano:

En un diario la vida se reconstruye lentamente [...] como en el gabinete de un arqueólogo se van componiendo los pedazos dispersos y rotos de una vasija. [...] El diarista tratará en el diario de recomponer ese yo maltrecho, el yo que tanto odia de una manera más o menos satisfactoria.

Así se enfrentan los mejores ante los retos de los quehaceres humanos, sin otros asideros que nosotros mismos, nosotros y nuestro afán de verdad. Más de una vez al pasearme por las páginas de los diarios me he acordado de aquella imagen con la que uno de los más grandes filósofos de la ciencia, y más íntegros, describía la provisionalidad del investigador: «Somos como marineros que en alta mar deben reconstruir su barco usando las mismas maderas viejas con las que fue construido». No hay anclaje externo, no hay puerto firme o astillero que nos proporcione garantías definitivas. Solos con nosotros mismos, con los materiales heredados de nuestra propia navegación. Y mejor no perdonarse ni engañarse. Así entiendo yo los diarios, como el cuaderno de bitácora del barco de Neurath.

Hablaba del afán de verdad. Algo que discuten algunos críticos del *Spp*. El diario falsea la realidad, nos dicen. Un reproche justificado para una información de prensa o para un artículo académico. O para un notario. Pero la verdad de los diarios es de otra naturaleza, porque se trata de diarios, de la mirada de uno, no de la cartografía del mundo:

estos libros (son sólo la obra de) alguien que no se arroga ninguna «verdad objetiva», suma en mi caso sólo de «algunas verdades subjetivas».

Mi ex leía estas cosas y le salía un sarpullido. Porque ella, como los conductistas, era devota de «los hechos». De los hechos y la verdad, que todo lo mezclaba. Poco importaba que uno le precisara consideraciones epistemológicas elementales: que la ciencia no trata con hechos, sino, en todo caso, con determinadas propiedades de los hechos, que no estudia la Luna sino la posición, la velocidad o la composición química de la Luna; que no hay verdad sin punto de vista, que somos nosotros quienes seleccionamos el plano relevante, sobre el que levantamos conjeturas; que no hay observaciones independientes de nuestras teorías; que, en rigor, no podemos hablar de «conocer la verdad», sino de las mejores teorías a la luz de (compatibles con) el conocimiento disponible. Y, sobre todo, que la verdad del diario no se establece en la relación con el mundo, sino con el autor. Y esa no permite otro control que el de uno mismo con su verdad. Sucede como con «me duele la cabeza» o «estoy enamorado», juicios que nadie nos puede corregir. Tenemos, para decirlo con el gremio filosófico, «un acceso epistemológicamente privilegiado». Eso sí, procurando evitar el autoengaño.

Por eso resulta imprescindible tomarse uno en serio, que es cosa diferente de ponerse solemne. En el último de los diarios vuelve su autor sobre ello: «Tus libros tampoco valdrán mucho si tu vida te da igual y no la vives bien». Tomarse en serio la vida y la obra no resulta sencillo. Requiere, para empezar, independencia de la tribu, de los focos. No es autenticidad sin más, porque auténtico también lo es el terrorista suicida, sino autenticidad ponderada por el mejor yo. Esos son los terrenos por donde transitan los diarios, sin imponer a la vida, deshilachada, un guion que no tiene. La vida, por verdadera, nos deja con biografías sin rematar, histo-

rias sin moralejas, despedidas imprevistas, amores sin consumir, arrepentimientos impercederos. Es la diferencia entre la novela en marcha de la vida, la galdosiana, la del *Spp*, y las otras, las de estricta ficción, esas en las que no sucede nada que no cumpla su sentido o su función. El engaño, en los diarios como en la vida, consiste en impostar orden donde no lo hay, recrearnos para componer el gesto, ahorrar nuestros extravíos en una suerte de principio antrópico personal, como si el mundo estuviera ahí, esperándonos, como un escenario para nuestra llegada y lucimiento. Esa es la mentira de no pocos diarios que se jactan de contar «verdades como puños». La única verdad posible en el diario es la íntima, la de entendernos, sin mentirnos ni disculparnos. Una tarea complicada. La tentación de recrearnos retrospectivamente, de aparecer como «hombres de una pieza», graníticos, resulta difícil de resistir: al cabo, somos máquinas creadoras –y necesitadas– de sentido. Salvo para quienes creen en Dios, Arquitecto del Universo, ni el mundo ni la vida de cada cual tienen guion; algo difícil de soportar para una especie como la nuestra, entregada a la creación de sentido. Si, como decía Kierkegaard, «la vida se vive hacia adelante, pero se comprende hacia atrás», es comprensible que acudamos al bálsamo del autoengaño.

Algún lector concienzudo del *Spp* quizá recuerde pasajes que no se ajustan a lo que llevo diciendo. No le diré yo que no. Son muchos volúmenes y muchos años. Y, como decía, no hay un autor omnisciente que, inmutable a los avatares de la historia, desde una identidad esencial, despliegue sus talentos. Esas cosas no existen. No existen entes sin historia, salvo los conceptos matemáticos y las naciones recreadas por los nacionalistas, con sus identidades inmunes al trasiego de las gentes.

Y pobres de aquellos, si hay alguno, que se pretenden impermeables al paso del tiempo. Con todo claro desde su primera papi-lla. Aferrados a una azarosa identidad forjada por sedimentación,

a los veinte años se pasan el resto de su vida apuntalándola, pendientes de no traicionar una lucidez que nunca existió. Cualquier cambio de opinión, una deslealtad. Mostrar una duda, confesar una debilidad. Nada más lejos del *Spp*. Ni sombra de una doctrina que se ejerce en sus páginas año tras año. Si acaso, la decantación de un aprendizaje. Y todo aprendizaje con afán de verdad tiene sus titubeos. Así entiendo yo los cambios en las valoraciones de los diarios, como una honesta investigación de aclararse que, inevitablemente, conlleva la de pasear las dudas.

Quizá algunos echen a faltar la sistematicidad de las doctrinas literarias. Por mi parte, he de confesar que, en los ratos empleados –y no han sido pocos, confieso y lamento– en lecturas de teorías estéticas, salvo unas pocas excepciones, casi siempre me he encontrado una saturación de palabrería campanuda (¿se acuerdan de los semióticos franceses?), con distinciones, barrocas y gratuitas, de la peor escolástica. Por lo general, categorizaciones tan pretenciosas como inanes. Empeños de taxidermistas, que poco ayudan a entender los quehaceres literarios. Me sucedió hace años con la contraposición entre «poesía como conocimiento» y «poesía como comunicación», una de las polémicas que encanalló la ya de por sí cainita comunidad de los poetas y me vuelve a suceder, sin ir más lejos, con la tan reiterada ocurrencia acerca de unos personajes que se adueñan del relato contra la voluntad de los autores, como si no estuviera en mano de estos darles el pasaporte cuando quieran. Y algo parecido me pasa en el género de los diarios con la contraposición entre *fact* y *fiction*. Una distinción, sin duda, obvia pero irrelevante en estos terrenos. Otra vez, ilusión de precisión donde no cabe.

Frente a eso, frente a la proliferación de distinciones de los teóricos de la literatura, tan precisas (cuando lo son) como inútiles, confieso mi preferencia por la genuina reflexión de quienes abordan sus quehaceres con limpieza mental y sin afanes doctrinarios.

Las razones no son muy diferentes a las que me llevan a preferir cierta filosofía espontánea de los científicos a la de ciertos profesionales de la filosofía: mientras los primeros, con todas sus torpezas, encaran problemas reales, entre los segundos abundan los que resuelven problemas que sólo les interesan a ellos (eso sí, los resuelven concluyentemente y con claridad, por aquello de Juan Palomo: porque ellos mismos –antes que encontrarlos– los inventan, como el que da con la salida a un laberinto que él mismo ha dibujado). En esas horas siempre me acuerdo de las palabras de aquel genio de la física, Niels Bohr, cuando nos recordaba que no debemos escribir con más claridad que aquella con la que pensamos, en coincidencia –ya ven– con su gran rival, Einstein, convencido de que «debemos formular nuestras teorías de manera tan simple como sea posible, pero ¡no más!». Naturalmente, Aristóteles ya lo había dicho antes:

Es propio de un hombre instruido buscar la exactitud en cada género únicamente hasta donde lo permite la naturaleza del objeto. Pues el aceptar que un matemático hable para convencer es tan absurdo como pedir demostraciones a un orador (*Ética nicomáquea*, 1094b, 25).

Estas cosas quisiera haberle podido contar a aquella novia. Pero si fracasé en los intentos de leerle –y créanme, no fueron pocos– el *Spp* al acabar del día, no tengo mucha confianza en que estas consideraciones allanaran el camino. Al fin y al cabo, la lectura del *Kama sutra* no es una experiencia sexual.

F. O.